

XXXIV

DONDE COURTIN TOCA POR FIN CON LA PUNTA DE LOS DEDOS
LOS CINCUENTA MIL FRANCOS

Todo lo que Courtin sabía por la carta de Petit-Pierre á Berta era que aquél aguardaba á ésta en Nantes, y nada más, pues ni en ella se citaba el punto de residencia, ni se indicaba el medio de reunirse con Petit-Pierre.

Sin embargo, el colono poseía un grave dato con el descubrimiento de la casa con dos puertas, y al principio tuvo la idea de continuar su espionaje, de seguir á Berta cuando esta se trasladara á Nantes como Petit-Pierre se lo prevenía, y sacar partido de la turbación que en el ánimo de la doncella causaría la noticia del desenlace que iban á tener los amores de Mary y Michel, desenlace que él se proponía hacerla presentir según su interés lo exigiera; mas el labriego había llegado á dudar de la eficacia de los medios que hasta entonces había empleado, y comprendiendo que perdería sin remedio la última probabilidad de conseguir su objeto si la casualidad ó la vigilancia de los que iba á espiar burlaban una vez más su sagacidad y astucia, resolvió probar otro medio y tomar la iniciativa.

¿Estaba habitada la casa que por una parte daba al callejón sin nombre y por otra á la calle del Mercado? ¿Quién era la persona que en ella vivía? ¿No era posible llegar hasta Petit-Pierre mediante aquella persona? Tales fueron las primeras preguntas que en pos de sus reflexiones se hizo el alcalde de la Logerie.

Para resolverlas era indispensable quedarse en Nantes, y Courtin renunció desde luego á regresar á su granja, á donde era probable que ya había ido Berta para reunirse con Michel, y donde estaba casi cierto de que ella le esperaba.

Tomó pues decididamente su partido, y á las diez de la siguiente mañana llamó á la puerta de la misteriosa casa, esto es, á la que daba á la calle del Mercado, según así lo había hecho Michel. Al presentarse por aquella puerta intentaba cerciorarse de que por ambas se entraba en la misma casa.

Cuando el que acudió al aldabonazo vió por un postiguello enrejado que el sugeto que había llamado venía solo, entreabrió la puerta preguntando:

—¿De dónde venís?

Cortado por la aspereza de la pregunta, Courtin respondió:

—¡Canario!... de Touvain.—A nadie esperamos de allá, dijo el otro.

Y empujó la puerta, á la cual se agarraba el colono.

Acordándose este entonces de las palabras que Michel había proferido en el mesón del *Alba* para que le diesen caballos, adivinó que eran una consigna, y dijo:

—¡Aguardad, aguardad! Cuando he dicho que venía de Touvain, era para asegurarme de que estabais en el secreto. Nunca se toman bastantes precauciones ¡qué diantre! Ahora bien, sabed que no vengo de Touvain, sino del sud.—¿Y á donde váis? continuó su interlocutor sin abrir una línea más la puerta.—¿Adónde queréis que vaya sinó á Rosny, viniendo del sud?—En buen hora, respondió el doméstico; habéis de saber, amigo de mi alma, que aquí nadie entrá sin enseñar la patita blanca.—A los que todo lo tienen blanco poco les cuesta, dijo Courtin.—Bien, bien, respondió el hombre, especie de bajo bretón que tenía un rosario en la mano.

Y como Courtin había respondido según la consigna á las preguntas hechas, introdujole con cierta repugnancia en una piececita, y mostrándole una silla, le dijo:

—El señor está ocupado, y os llevaré á su presencia tan pronto como haya despedido á la persona que está en su despacho. Sentáos pues, á menos que tengáis el medio de pasar el tiempo de un modo más provechoso.

Habíase Courtin figurado que la casa estaría ocupada por algún agente subalterno de quien confiaba recabar las noticias que había menester, bien por astucia, bien por cohecho; y al oír que el doméstico hablaba de introducirle á presencia de su amo, conoció que el caso era mucho más serio y que

debía forjar un cuento para acudir á las exigencias de la situación, renunciando desde luego á interrogar al criado, cuya grave y austera fisonomía denotaba ser la de uno de los fanáticos acérrimos que todavía se encuentran en la península céltica.

Comprendiendo pues el colono de qué modo debía portarse, tomó una actitud humilde y edificante, y dijo:

—Sí, aguardaré á que el señor haya terminado, y orando aprovecharé el tiempo. ¿Puedo tomar uno de esos brevarios? preguntó indicando los volúmenes que sobre la mesa estaban. —No toquéis esos libros si tan santas intenciones abrigáis, respondió el bretón, pues son profanos. Voy á prestaros mi Ejercicio cotidiano, continuó el doméstico sacando del bolsillo de su bordada chupa un librito cuyas tapas y corte estaban mugrientos por el uso y el tiempo.

Y en el ademán que hizo para llevar la mano á la faltriquera descubrió el campesino la reluciente culata de dos pistolas atravesadas en su ancho cinto, y alegróse infinito Courtin de no haber atentado á la fidelidad del bretón, por parecerle hombre capaz de responder con alguna puñalada.

—Gracias, dijo recibiendo el libro y arrodillándose con tanta compunción, que el bretón edificado se quitó el sombrero, santiguóse, y cerró poquito á poco la puerta para no distraer de su meditación á tan santo hombre.

En viéndose solo, si bien experimentó el colono la necesidad de examinar minuciosamente la estancia en que se hallaba, contúvole el temor de que le observaran por el ojo de la llave, y permaneció como absorto en sus oraciones.

Sin embargo, al paso que rezaba á media voz, Courtin lo miraba todo con disimulo. La piccecita en que se hallaba tendría unos doce piés cuadrados, y separábala de otro cuarto un tabique con una puerta; componían su ajuar modestos muebles de nogal, y recibía luz por una ventana que daba al patio y cuyos cristales inferiores estaban guarnecidos de un finísimo enrejado de alambre pintado de verde, el cual impedía que de fuera pudiesen ver quién se hallaba dentro.

Escuchó por si oía algún rumor de voces; mas sin duda se habían tomado bien las precauciones, pues aunque Courtin aplicó sucesivamente el oído hacia la puerta de comunicación y á la chimenea junto á la cual estaba arrodillado, no percibió el más leve ruido.

Al inclinarse á la chimenea para escuchar, vió el labriego en medio de la ceniza un montón de papeles estrujados y dispuestos á ser entregados á las llamas. Tentáronle, recogió insensiblemente el brazo, y apoyando la cabeza en la campana, recogió uno por uno todos los papeles, desdoblólos sin dejar su postura, cierto de que la mesa colocada en medio de la estancia bastaba para encubrir completamente todos los movimientos que hacía, dado caso que le estuvieran observando.

Había ya examinado y desechado muchos que ningún interés le ofrecían, cuando al dorso de un papel que sólo contenía notas insignificantes, vió algunas líneas de letra elegante que le llamó la atención, y leyó estas palabras:

«Si os molestan, venid en seguida; por encargo de nuestro amigo os participo que podéis disponer de un cuarto en nuestro asilo.»

La esquila llevaba la firma de *M. de S.*

Sin duda la había escrito Mary de Souday.

Metiósela Courtin en el bolsillo comprendiendo la importancia de semejante dato, y por las cuentas que entre los demás papeles halló, supo que el morador de aquella casa estaba encargado de pagar los gastos de Petit-Pierre.

Oyendo en esto rumor de voces y pasos en el corredor, llegóse á la ventana y vió que el lacayo acompañaba á la puerta á un hombre, quien antes de salir plegó un ancho talego vacío y guardólo en la faltriquera.

Courtin conoció á maese Lorient.

—¡Hola! ¡hola! dijo jese también, y les trae dinero! ¡Cuánto me huelgo de haber venido á esta casa!

Y el labriego volvió á su puesto ante la chimenea, creyendo que le había llegado el turno de audiencia.

Cuando el bretón abrió la puerta, encontró á Courtin inmóvil y como entregado á sus oraciones, y acercándose le dió un golpecito en el hombro y díjole que le siguiera. Levantóse el colono santiguándose, en lo cual le imitó devotamente su introductor, y fué introducido en la estancia donde maese Pascal había recibido á Michel la primera tarde.

Maese Pascal tenía ante sí una mesa atestada de papeles, y á Courtin le pareció haber visto relucir oro bajo un montón de cartas abiertas. Sorprendió Pascal la mirada del labriego, y aunque la atribuyó á la curiosidad y asombro con que suelen los campesinos contemplar el oro ó la plata,

no quiso que aquella curiosidad tomara creces, y aparentando que había de buscar algo en el cajón, dejó caer el tapete de bayeta verde que hasta el suelo llegaba.

Volviéndose en seguida al colono, preguntóle con aspe-
reza:

—¿Qué queréis?—Vengo á cumplir un encargo, respondió Courtin.—¿Quién os envía?—El señor de la Logerie.—¡Ah! ¿sois su criado?—Su colono, su confidente.—Pues hablad.—No sé si puedo, replicó Courtin con aplomo.—¿Qué?—El señor de la Logerie no me envía á vos.—¿A quién, pues, buen hombre? preguntó Pascal frunciendo el ceño con inquietud.—A otra persona á quien debéis presentarme.—No sé lo que queréis decir, respondió Pascal sin poder disimular la impaciencia que le causaba lo que tenía por una imperdonable ligereza de Michel.

Observó Courtin su contrariedad, y si bien conoció que se había precipitado, consideró peligroso efectuar una brusca retirada.

—Acabemos, dijo Pascal, ¿queréis decirme el encargo que traéis? No puedo perder tiempo.—¡Caramba! mirad, señor, quiero tanto á mi amo, que por él me arrojaría al fuego. Cuando me dice: Haz esto ó aquello, procuro cumplir sus órdenes, merecer su confianza, y no me ha dicho que debía hablar con vos.—¿Como os llamáis, buen hombre?—Courtin, para serviros.—¿De qué parroquia sois?—De la Logerie ¡vaya!

Hojeó Pascal su agenda, y luego clavó una escrutadora y recelosa mirada en el colono, preguntándole:

—¿Sois alcalde?—Sí, desde 1830.

Y observando la creciente frialdad de Pascal, añadió Courtin:

—Hízome nombrar mi ama, la señora baronesa.—¿No os ha dado el señor de la Logerie más que una comisión verbal para la persona á quien os envía?—Sí, aquí tengo dos renglones; pero son para otra.—¿Puedo verlos?—¿Por qué no? La esquila no está cerrada.

Y Courtin tendió á Pascal el papel que le había entregado Michel para Berta y en el cual Petit-Pierre la prevenía que pasara á Nantes.

—¿Por qué está todavía en vuestras manos esta esquila? preguntó Pascal. Paréceme que tiene más de veinte y cuatro horas de fecha.—No todo puede hacerse á un tiempo, y

cumplida esta mi última diligencia, volveré á nuestra granja, donde he de hallar á quien debo entregarla.

Desde que Pascal había visto el nombre de Courtin entre los que se habían señalado por su realismo, no quitaba los ojos del alcalde de la Logerie, quien afectaba el idiotismo que tan bien le había salido con el capitán del *Joven Carlos*.

—Buen hombre, dijo al labriego, no puedo designaros á otro que á mi para recibir el recado que traéis. Hablad, pues, si lo juzgáis conveniente, ó sinó, id y decid á vuestro amo que venga en persona.—No haré tal, señor, respondió Courtin; mi amo está sentenciado á muerte, y Dios me libre de traerle á Nantes. Mejor está en nuestra casa. Voy á deciroslo todo, vos haréis lo que os acomode, y si el señorito no está contento, me regañará. Prefiero eso.

La aparente ingenuidad de esas palabras tranquilizó un tanto á maese Pascal, inquieto por las primeras respuestas del colono.

—Hablad, hablad, buen hombre, y os aseguro que vuestro amo no os reñirá.—Pocas palabras bastarán. El señor Michel me ha encargado que os diga, ó mejor, que diga al señor Petit-Pierre, pues así se llama la persona á quien me envía....—Bien, dijo sonriéndose Pascal.—Que había descubierto al que hizo partir el buque pocos momentos antes de que Petit-Pierre, la señorita Mary y él acudiesen á la cita.—¿Quién es?—Un tal José Picaut, que era últimamente mozo del mesón del *Alba*.—Sí, ese hombre que habíamos colocado allá desapareció ayer por la mañana, dijo Pascal: proseguid, buen Courtin.—Que se desconfie de ese Picaut en la ciudad, y que él iba á hacerle vigilar en el Bocage y en la Plaine; y nada más.—Bien. Agradeced la noticia al señor de la Logerie, y ahora que la he recibido, puedo certificaros que no habéis equivocado la dirección.—Pues es cuanto deseaba, replicó Courtin levantándose.

Maese Pascal acompañó al colono hasta la puerta de la calle con mucha urbanidad y cortesía, haciendo así por él lo que éste no le había visto hacer por el mismo maese Lorient.

Courtin era muy redomado, y cuando hubo dado veinte pasos, ninguna extrañeza le causó oír abrirse y cerrarse tras él la puerta de la casa de Pascal; así es que, seguro de que le seguían, sin volver la cabeza anduvo lentamente como un hombre ocioso, parándose embobado delante de todas las tiendas, leyendo todos los rótulos y evitando con

cuidado cuanto podía confirmar las sospechas que no había logrado desvanecer del todo en el ánimo de Pascal.

Poco sentía esta contrariedad: daba por bien empleada la mañana, y veíase al fin á punto de recoger el fruto de sus afanes.

Al llegar delante de la fonda de las *Colonias*, divisó á maese Lorient que hablaba á la puerta con un forastero.

Andando de aquel modo, Courtin burló de medio á medio al criado bretón que le espiaba.

Este le siguió hasta la otra margen del Loira, sin que el alcalde de la Logerie se volviera una sola vez para manifestar la inquietud tan natural de las personas que no tienen tranquila la conciencia: de manera que el bretón retrocedió y dijo á su amo que sin razón había sospechado del digno campesino, el cual dedicaba sus ratos de ocio á las distracciones más inocentes y á las más devotas prácticas; en términos que Pascal comenzó á hallar á Michel menos culpable por haber depositado toda su confianza en un servidor tan adicto.

XXXV

LOS DOS JUDAS

Digamos algunas palabras sobre la situación de la aldea de San Filiberto, pues sin un prólogo topográfico, que será breve como todos los de nuestra pluma, sería difícil enterarse circunstanciadamente de las escenas que vamos á referir.

La aldea de San Filiberto está situada al extremo del ángulo que forma el Boulogne al desaguar en el lago de Grandlieu, y á la margen izquierda de este río.

La iglesia y las principales casas del pueblo están como á un kilómetro del lago. La ancha y única calle sigue el curso

del río, y cuanto más se va el río abajo, más diseminadas están las casas, más escasas son y más humildes, de modo que cuando se divisa la gran sábana de agua azul guarnecida de cañaverales, adyacente á la calle, ya sólo se alzan en torno tres ó cuatro chozas de paja y cañas donde moran algunos pescadores.

A corto trecho de las mencionadas chozas se encuentra una casa de cantería y ladrillo, con postigos verdes, rodeada de gavillas de paja y heno como un campamento lo está de centinelas, y poblada de una infinidad de vacas, cabras, gallinas y patos, que mugen y balan en el establo las unas, y los otros cacarean y parpan delante de la puerta picando el polvo del camino.

Este camino sirve de patio á la casa, que si bien carece de tan útil dependencia, en cambio tiene los huertos más hermosos y productivos del país.

Desde el camino, por encima de los tejados y al nivel de las chimeneas, vense copas de árboles cargados en la primavera de la rosada nieve de sus flores, en verano de frutos de toda clase, y de verdor durante nueve meses del año; y estos árboles, formando al sud un anfiteatro de unos doscientos metros, se extienden hasta un altillo coronado de ruínas que al norte dominan las aguas del lago de Grandlieu.

La casa es el mesón ocupado por los parientes de la viuda Picaut, y las ruínas son las del castillo de San Filiberto de Grandlieu.

Los altos muros, las altas torres de una de las más célebres baronías de la provincia, edificada para imponer respeto y temor á la comarca y señorear las aguas del lago, con sombrías bóvedas cuyos ecos respondían al rumor de las espuelas del conde Gil de Retz cuando pisaba sus baldosas meditando aquellas monstruosas obscenidades que igualaron si no excedieron las de Roma antigua; hoy desmanteladas, cubiertas de hiedra y avellos silvestres, y hendidas por todos lados, han llegado al más deplorable extremo de decadencia; de grandes, imponentes y terribles que eran, vinieron á parar en humildemente militares, viéndose por fin reducidas á labrar la fortuna de una familia de aldeanos, descendientes de pobres siervos que en otro tiempo de seguro las miraban temblando.

Estas ruínas resguardan los huertos del cierzo, viento fa-